ISLA DEL COCO, RELATO DE UNA VISITA HECHA EN 1836 POR EL DR. JOHN COULTER.

Dr. Jorge León Arguedas
Doctor en Botánica del Botanical Garden
Exfuncionario de la F.A.O.

PRESENTACIÓN

El Dr. John Coulter, médico de un ballenero que operaba en el Pacífico en la primera mitad del siglo XIX, visitó varias veces la isla del Coco. El relato siguiente corresponde a su tercer visita, alrededor de 1836 y fue publicado en

> *Adventures on the West Coast of South America and the interior of California, by John Coulter, 2 vols. Londres, Longman, Brown, Green and Longmans. 1847.*

Está contenido en el tomo primero, capítulos IX-XI, p.92-126. Es de interés especial por contener una versión fehaciente de la existencia de un lago en el interior de la isla, cuya presencia se sospechaba desde los relatos de Wafer y por la magnífica descripción de una cacería de ballenas en la cercanía de la isla.

La razón de la visita se explica al final del Capítulo VIII, p.91:

> *"El agua dulce que habíamos conseguido en Tacames no era de buena calidad ni se conservaba bien, y por eso, con el objeto de conseguir agua más pura, nos dirigimos a la isla del Coco, que está a 5°30', Lat. N. y 86°30', Long. O".*

El nombre "Tacames" corresponde a Atacames, puerto pequeño en el norte de Ecuador.

CAPITULO IX.

Anclaje en Isla del Coco.-Batalla entre los monos a bordo. -Sus dueños toman parte en ella.-Aspecto de la isla desde el lugar de anclaje.-Peculiaridades del paisaje.-Arribamos a la isla.- Encuentro con tres marinos fugados.-Su estado miserable.-Nuestro capitán insiste en tomarlos a bordo,-grupos encargados del agua y leña,-Nuestro pasajero, Jack, y el autor, preparan una excursión a la isla,-Arribamos al extremo oeste, en una bahía,-Descripción de ésta.-Entramos en la isla.-Viaje pesado.-Una flor tropical.- Encuentro con cabras salvajes.-Matamos una.-Opinión de Jack sobre la isla.-Una oscura barranca.

Llovía fuertemente cuando nos acercábamos a la isla, y aun llegamos muy cerca de ella sin que la distinguiéramos, debido a lo espeso de los continuos aguaceros. La marejada fuerte hacia tierra y la falta de brisa, nos obligaron a bajar cinco botes con fuerte tripulación, para amarrar el barco sin peligro. Durante la calma la succión era tan grande hacia la isla, que los botes se hundieron cuatro veces en 20 horas para empujar el barco a tierra segura. En las noches oscuras el perfil de la isla, aun rocas pequeñas y árboles, se podían reconocer fácilmente por los continuos relámpagos, que parecían colgar sobre la isla.

Al fin se nos calmó la ansiedad y la tripulación descansó de sus trabajos de salvar al buque, cuando una fina brisa y buen tiempo se estableció y aprovechándose de ella, pusimos todas las velas y nos dirigimos hacia la punta NE, y pronto estuvimos acogidos a la seguridad de una abrigada bahía, cuya belleza nos deslumbró y encantó.

Desde el anclaje el aspecto de esta isla deshabitada era sobremanera agradable. El suelo y el clima daban lugar a una poderosa vegetación, y en todo lo que se veía no había un punto desnudo, pues todo estaba cubierto de grandes árboles, arbustos, bejucos etc. hasta el borde del mar, pues a veces los árboles tendían sus ramas sobre el agua, y cuando el oleaje golpeaba debajo de ellos, la espuma se levantaba entre el follaje. Otra cosa llamativa eran las aves que descansaban en las ramas de los árboles y arbustos cerca de la costa. El contraste de los plumajes blancos con el verde brillante del follaje, los hacía aparecer, aun a corta distancia, como si fueran arbustos de un jardín, enormes con grandes flores blancas. Al fondo de esta pequeña bahía hay una playita, rodeada por altos farallones.

Hacia el centro de la bahía hay una corriente de agua que viene de los cerros del interior, su curso oculto por los grandes árboles, y que cayendo de roca en roca en un barranco muy quebrado, forma ruidosas cataratas, y termina entre un grupo de lajas, desde las cuales el agua corre por los guijarros de la playa hasta el mar. Cerca de la playa hay otras caídas de agua, de 10 a 15 pies de alto, que forman excelentes duchas y que aprovechamos durante la estadía para refrescarnos.

A la derecha del arroyo, el terreno sube a considerable altura, formando en el interior una montaña que separa esta bahía de la otra, más grande e insegura, al lado opuesto de la isla. Cuando arribamos fuimos recibidos sin esperarlo, por tres hombres, aparentemente en un estado miserable. Apenas se cubrían con andrajos, y sus caras, pies y manos estaban hinchadas por las picaduras de los mosquitos, que vuelan en nubes en la bahía, especialmente en las noches.

Uno era irlandés, los otros americanos. Su historia era "que estaban en un barco ballenero americano, donde eran tratados tiránicamente por el capitán y los oficiales, y habiendo arribado a esta isla en busca de agua y leña, prefirieron quedarse en este lugar deshabitado que volver a bordo; se envió un grupo a tierra en busca de leña, y el oficial a cargo abusó aun más de ellos, hasta golpearlos. Encontrándose con más valor en tierra los marineros le dieron una buena castigada al oficial y se escondieron en la selva", Estos hombres tenían varios meses de estar en la isla, y bien cansados de la soledad, pidieron ser llevados al barco, y habiendo el capitán accedido humanamente a ello, se colocaron como marineros en otro barco poco tiempo después.

Había grandes facilidades en la isla para conseguir agua dulce, y los grandes trocos, cortados en los peñones, se tiraban a la playa, donde eran aserrados de un tamaño conveniente para traerlos a bordo. Cada día cuando el trabajo terminaba, a las cuatro, la tripulación se divertía como muchachos de escuela. Algunos a bordo, pescando una excelente clase de perca marítima, otros en botes en excursiones entre las rocas e isletas, recogiendo mariscos, que viven adheridos a las rocas, en grandes cantidades y de enorme tamaño y grato sabor; otros en la costa, cerca de las cataratas, o en los bosques vecinos de donde traían grandes troncos para hacer en la playa hogueras antes de regresar a bordo.

Yo he estados dos veces antes en la isla pero no he hecho excursiones alrededor de ella, y como cada vez he visto los ríos y quebradas llenos de agua, he querido averiguar de donde viene en tan gran cantidad, ya que a pesar de las lluvias abundantes, la cantidad que viene del interior es tan grande que no sólo a esa causa debe atribuirse.

Con el propósito de hacer una exploración más completa de la isla, el capitán aceptó acompañarme hasta la bahía oeste y dejarnos en tierra a mí y a nuestro pasajero (mi guía atacamés). Llevé pan y carne hervida fría suficiente para ambos para dos o tres días, con nuestros rifles, pólvora, etc. partimos en un bote.

Rodeando el promontorio alto y entrando en la otra bahía, el paisaje era verdaderamente encantador. Parecía ser un anclaje mejor para el barco que en el que estábamos; sin embargo pronto conocimos nuestro error pues encontramos que el mar estaba lleno de bajíos y que un barco no podría anclar seguramente en ella pues el terreno formaba rompientes bien adentro.

Al final de esta espaciosa bahía había una extensa playa arenosa, que aparecía al sol blanca y deslumbradora; detrás de ella había una gran área de tierra plana que se extendía bien adentro, cubierta de pasto y arbustos.

Estaba limitada al fondo y por todos lados por un completo anfiteatro de colinas cubiertas hasta las cimas con árboles de considerable tamaño, arbustos, etc. La vegetación que se veía era toda rica, de un verde brillante, y presentaba un aspecto muy bello; dentro de la playa y hacia el lado derecho cuando uno va hacia tierra, un pequeño río del interior hace su salida hacia el mar; en su desembocadura hay una poza profunda de agua dulce que cuando se llena se vacía sobre la playa hacia el mar. En esta poza y río arriba, había percas, sargos, etc., de buen tamaño.

Después de entretenernos un rato en este valle, me despedí del capitán por unos dos o tres días, y Jack y yo nos echamos los rifles al hombro y proseguimos la exploración. Seguimos los bancos del río por alguna distancia, y esto fué muy agradable, pues no había arbustos molestos o espinosos que nos impidieran el avance. Habiendo hecho varias entradas en el bosque, a uno u otro lado del río, encontramos que el suelo parecía estar compuesto de una tierra rica, negra y profunda, muy libre de piedras y creo yo, capaz de hacer crecer cualquier planta. Como el río no tenía mucha fuerza y nos llegaba escasamente a la rodilla en algunas partes, lo cruzábamos a veces y en varias partes descubrimos huellas frescas de cerdos, e indicaciones de que habían cabras.

Nuestro viaje hacia el interior siguiendo el río era un ascenso gradual. En algunas partes había que subir un pequeño cerro; aquí el río naturalmente se desprendía formando una preciosa cascada. Conforme entrábamos más, los mosquitos nos molestaban menos. Habían flores de ricos colores y de gran tamaño, pero casi sin perfume; arrancándolas y teniéndolas en la mano por un corto tiempo se marchitaban y morían, dejando apenas trazas de su belleza original. Eso pasa con las flores tropicales: son generalmente de apariencia magnífica en la planta, pero arránquelas y estarán perdidas.

Me encantó mucho encontrarme con un manchón de menta silvestre, que retenía su olor por más tiempo. Habíamos llegado al pie de unos altos cerros, que eran cruzados por el río en una estrecha garganta por donde el agua caía en hermosas cascadas haciendo gran ruido. Mi objeto era trepar esos cerros y como no podíamos ir por el río o por sus orillas rocosas, nos vimos obligados a buscar por algún tiempo una pasada accesible.

Durante la búsqueda nos encontramos con un grupo de cabras, que desde la distancia parecían venados por su flacura. Viéndonos llegar salieron corriendo. Sin embargo nuestros rifles eran muy rápidos para ellas y matamos una, los dos disparándo al mismo animal para mayor seguridad. Aquí nos detuvimos, encendimos fuego y cocinamos un pedazo de cabra que después de asarlo en los rescoldos, nos pareció suave y excelente. Habiendo descansado un rato colgamos el resto de la cabra de un árbol, por caso de que volviéramos a pasar por el lugar y seguimos nuestro camino. Jack parecía estar contento de la excursión y dijo "que estaba usando otra vez las piernas" y preguntándole que pensaba de la isla contestó "muchos cerros pero muy buen lugar". Cerca de una milla más adelante llegamos a un boquete en la montaña, formado por una garganta rocosa cubierta por grandes árboles; nos metimos en ella y con dificultad pudimos avanzar, a cada paso; subiendo y encontrando muchos obstáculos. Oíamos el gruñido de los cerdos en la vecindad pero no vimos ninguno.

En esta garganta oscura pasamos un gran aguacero que nos obligó a buscar protección en las rocas, pues el follaje no era suficiente para protegernos de la lluvia que caía. Duró cerca de una hora y nos hizo el camino especialmente desagradable, por las gotas que caían de los árboles y el lodo. Sin embargo después de otro rato de lucha y con los vestidos mojados, salimos de ese paso húmedo y oscuro y encontramos buen tiempo y calor.

Tuve la curiosidad de detenerme por algún rato y ver la garganta por la que habíamos pasado; la parte de abajo tiene rocas grandes y quebradas; a ambos lados hay bancos de tierra cubiertos de arbustos y zacate, y árboles altos crecen en la parte de arriba de las laderas e inclinándose mezclan sus copas enormes y sombrean este paso y garganta. Tiene en toda apariencia el aspecto de una gran entrada a una cueva enorme.

CAPITULO X.

Llegada a la cima de la isla.- Una visita encantadora.- Descubrimos un lago.- Calma del paisaje.- Un hombre solitario se nos junta.- Su agradeble bienvenida.- Descripción de él. Vamos con él a su casa.- Su posición escondida.- Reseña del interior de ella. La canoa del solitario.- Alegría de Jack.- Su jardín.- El rey de la isla y Jack se divierten.- Historia de Thomas Stevenson.- Su naufragio en la isla etc.- Alegría de Jack. Hago una excursión en canoa por el lago.- Soledad del lugar.- Escena de la tarde.-

Volviendo la vista hacia el otro lado, se nos presentó un paisaje de un efecto peculiar, y misteriosamente encantador. Estábamos ahora en la parte más alta de la isla y un valle relativamente bajo quedaba a nuestros pies. En el centro había un lago, una lámina de agua tranquila, de considerable tamaño; estaba rodeado completamente por una cinta de zacate verde claro, y en algunos puntos aparecían lugares arenosos que semejaban playas en miniatura. Esta rodeado por un anfiteatro de cerros pequeños y otras eminencias de varias formas, cubiertos parcialmente por árboles bajos.

Descendimos del lugar en que estábamos a la orilla del lago, y nos sentamos en una piedra plana, abrimos el saco de la comida que contenía pan y galletas, y gozamos de un descanso y un alegre almuerzo, en un lugar tan delicioso como el que cualquier amante de la naturaleza pudiera desear. Pájaros de tierra, parecidos a canarios, cantaban en los arbustos o gorjeaban como gorriones.

Una suave brisa que se había levantado cubrió el lago con ondas que le dieron una viva apariencia. Numerosos patos silvestres que había en varias partes se animaron cuando el viento movía el agua. El magnífico follaje comenzó a agitarse y estando húmedo por el aguacero, brillaba a los rayos del sol. Era para mí que había estado tanto en el mar, una vista alegre y de gran belleza natural. Habían cerca de donde estábamos algunos patos, y deseando tener dos para nuestra comida, cargué mi rifle con munición y

les disparé. Conseguí mi objeto pues maté tres, en el borde del agua, que sacamos con la ayuda de un palo largo. Me asombró que el eco del disparo repercutió de cerro a cerro por varios minutos; parecía como si un cerro le disparara al otro hasta que se perdió en un murmullo lejano en la distancia. Las aves acuáticas y otros pájaros volaron gritando por un rato pero se calmaron poco después. Creí que esta parte de la isla era hasta ahora desconocida y no había sido hollada por el pie del hombre; júzguese mi asombro cuando, una repentina exclamación de mi compañero indio me llamó la atención hacia el otro lado del lago, donde un hombre caminaba hacia nosotros.

Corto tiempo después nos encontramos, pero mientras caminaba yo me preguntaba quién sería y por qué estaba en esta región tan rara y solitaria; sin embargo mis dudas se disiparon pronto y me fué grato oirle decir en inglés corriente "Bienvenidos amigos, estoy contento de verlos, mi choza está al otro lado del lago, ¿Quieren venir conmigo y descansar?".

Aceptamos de inmediato su invitación y echamos a caminar.

Nuestro nuevo amigo era un hombre en mitad de la vida, de aspecto fuerte y sano; masculino, y de apariencia honrada, aunque parecía abrumado por alguna pena. Su vestido consistía en camisa roja de franela, pantalones de franela también, mocasines y polainas de cuero de cabra, con el lado peludo hacia afuera, hechas para sentirse confortable, y gorra del mismo material; su persona era limpia, pero tenía la barga larga y enmarañada; no era duro ni áspero, y (fuera de la forma de vestir) bastante atractivo.

No tardamos mucho en llegar a su casa, que estaba escondida entre un grupo de árboles, encaramada en la cumbre de un montículo; a primera vista, tanto la casa como su situación mostraban la excentricidad natural de su dueño. Después de subir y una vez adentro, me sorprendió encontrarla limpia y confortablemente arreglada.

Había un camastro en un lado, cubierto de hojas y pieles de cabra cuidadosamente arregladas que hacían un buen lugar para dormir; en el centro del piso había una mesa rústica, y tres o cuatro sillas, todo de acuerdo con el hombre y el escenario; ollas, sartenes, algunas herramientas de carpintería, un buen rifle y pistolas que colgaban de la pared, o mejor dicho de los troncos partidos que la formaban, dos o tres sacos de piel de cabra, llenos de algo que yo tenía curiosidad de saber aunque no mostré insistencia.

Su cocina era un rancho aparte de la casa, que nuestro huésped (ahora puedo llamarlo así), bien pronto puso a nuestro servicio. Había matado un cerdo poco antes de nuestro encuentro, y pronto frió pedazos de carne. Jack desplumó los patos que yo había matado, y ayudó en la cocina, cuyos trabajos fueron pronto terminados y después gozamos de la comida, especialmente mi compañero que tenía un apetito insaciable.

En una entrada abrigada a la orilla del lago descubrí una canoa, que flotaba en el agua, muy bien trabajada del tronco de un árbol; por lo ancha y conveniente era más bien

bote que canoa. Parecía que los peces no eran escasos en el lago pues se veían saltar en el agua, algunos de considerable tamaño. A corta distancia de aquí había un pedazo de terreno, de unas trescientas varas cuadradas que era una hortaliza bien arreglada, con camotes, ayotes, melones etc.; este sembrado estaba bien cercado con estacas fuertes para impedir que entraran los cerdos salvajes y las cabras, tan numerosos en la isla.

De vuelta a la casa, me encontré "al rey de la isla" y a mi amgio Jack gozando confortablemente, y con toda seriedad, la gratificación india, la pipa; y aunque el hábito de fumar no es bueno, confieso que fumé un rato con placer y finalmente me refresqué con un trago del agua del lago, que era ciertamente la más pura que había probado.

Le pregunté a mi amigo su nombre, y me contestó que tenía un nombre español y otro inglés; que el primero no nos interesaba, y que se llamaba Thomas Stevenson. Bien, Thomas Stevenson, debo decirlo, no era un hombre ordinario, y evidentemente había recibido buena educación. Su historia es como sigue: había nacido en el oeste de Inglaterra y fué educado cuidadosamente por un tío, pues sus padres habían muerto cuando él era un niño. Aquel lo entrenó en el comercio y muy joven hizo varios viajes de sobrecargo a varias partes del mundo; le había ido bien y gozaba de la confianza de su tío. De regreso a Liverpool, después de un largo viaje de negocios en Perú y Chile, encontró a su protector de mala salud y de poco ánimo, debido a pérdidas que había tenido por el fracaso de una casa comercial con la que estaba asociado. Su sobrino al regreso hizo todo lo que pudo por animarlo, pero no tuvo ningún éxito y pronto terminó bajo el peso de las congojas. Después de la muerte de su tío, nuestro héroe se encontró que poseía muy poco dinero; sin embargo compró una carga de mercaderías para un barco pequeño que fletó, y salió hacia la costa oeste de Suramérica. Le fué tan bien que en Valparaíso, de su cuenta compró una goleta. Sus negocios siguieron con varia suerte entrando en el interior de Chile, Perú, Colombia, etc. y dos veces perdió casi todas sus propiedades en revoluciones de esos países, pero salvó la goleta y comenzó de nuevo. Tres años antes de nuestra entrevista, haciendo un viaje de Guayaquil a San Blas en el golfo de California, dió con esta isla; el barco se acercó tanto a tierra sin que nadie se percatara de ésta que encalló y por más esfuerzos que se hicieron no se pudo mover, así que la tripulación, que consistía de cuatro hombres, un muchacho y tres mujeres, llegaron bien a tierra. Después sacó todo lo que pudo del barco en los pocos minutos que el tiempo le permitió y tuvo la desgracia de ver que su embarcación golpeaba contra las rocas y rápidamente se despedazó.

Después de dominar su pena por esta pérdida final, anduvo por la isla y encontró este lugar agradable y aislado, donde, cansado del mundo activo, encontró un retiro tranquilo, especialmente agradable en sus reveses de fortuna. "Usted no me ha contado todo todavía", le dije. "Qué más quiere" me contestó. "Quiero saber donde está esa gente que arribó con usted en el barco". "El día está muy avanzado y no podemos caminar lejos, pero si no tiene apuro en regresar a su barco, y puede quedarse un día o dos conmigo, lo llevaré donde están situados confortablemente, en el lado sur de la isla, a menos de tres millas de aquí".

Esto último eran noticias nuevas para mí y excitaron mucho mi curiosidad. Pregunté por qué él y esa gente preferían vivir aislados a estar cerca de donde anclaban los barcos. Me contestó diciéndome: "Estaríamos atormentados por los marinos desertores, que se fugarían a menudo de sus barcos si supieran que hay gente en tierra". De qué te estás riendo?" le dije a Jack que parecía picado por alguna rara fantasía. "De qué me río, esto es demasiado divertido; vinimos aquí a cazar cerdos y cabras y nos encontramos con una población rara", lo que en lenguaje llano significaba una colonia pequeña aunque excéntrica.

Thomas Stevenson, antiguo maestre y dueño de la difunta goleta "Juan", al presente "rey de la isla" hizo esfuerzos laudables en bien de sus huéspedes, y en corto tiempo preparó espacio adicional para dormir. Bajé solo a la canoa, entré en ella y remé por alguna distancia en las aguas tranquilas del lago. El sol de un rojo vivo y de gran tamaño, descendía rápidamente y lanzaba destellos brillantes sobre el escenario. Ni la menor brisa movía una hoja. Con excepción de algún cuac cuac de un pato silvestre, del grito de una lechuza o del aleteo de un enorme murciélago, todo estaba tranquilo. La escena era solemne e impresionante, y no pude menos que rendir adoración callada al gran Dios que creó todo esto y lo gobierna y da fuerza aun al quebrantado espíritu solitario que habita este lugar, que convierte una región silvestre en un jardín sonriente, y que se halla tan satisfecho que no piensa en cambiar su morada de reposo por las torturas del mundo civilizado.

Estaba metido en estas reflexiones, mientras la noche avanzaba y el cielo claro se llenaba de estrellas, cuando vine a ser despertado de mi sueño por la detonación de un mosquete que repetía el eco. "Ah, dije, es el rifle de Jack". Unos pocos golpes de remo y llegué a la orilla con la canoa, me apresuré y subí a la casa, donde me sorprendió encontrar una lámpara encendida, que daba suficiente luz, y a Stevenson riéndose fuertemente de algunas ocurrencias de Jack. Después de alguna conversación, nos resignamos a la protección de la providencia, y pronto estuvimos profundamente dormidos.

CAPITULO XI

Salida del sol y alegría de una mañana en el valle de Stevenson.- Pesca en el lago.-Seguida de la gira por la isla.-El lado sur.- Llegada a la colonia o campamento del "Juan", antiguo barco de Stevenson.-Sus trajes, habitaciones, jardines etc.- Razones de Stevenson para no vivir con su gente.- Ballenas.- Salimos en su búsqueda.- Captura de las ballenas.- Ultima vista de la isla del Coco e información posterior acerca de Stevenson.

Al amanecer todos estábamos levantados, y gocé la delicia de un baño refrescante en las aguas puras del lago. Conforme el sol ascendía sobre las cimas de los cerros, el delgado velo de niebla que cubría el lago y la tierra vecina se levantó y como por encantamiento, desplegó un paisaje que aunque reducido, era de gran belleza natual. La sali-

da del sol trajo una fresca brisa, la superficie del lago ondeaba, y el follaje denso de los árboles vecinos se agitaba vivamente. Los pájaros de tierra gorjeaban entre los arbustos y las aves acuáticas volaban por el lago; las pocas cabras que aún andaban entre el zacate no se habían metido todavía a la montaña, y los peces del lago saltaban fuera del agua cerca de donde me bañaba.

Esto excitó mi deseo de tener una diversión más, fuí a la casa a ver si "el señor de la isla" tenía aparatos de pescar. Me alegró encontrar que tenía una cuerda y un harpón. Nos metimos todos en la canoa y después de alguna remada, pescamos dos buenos sargos. Ninguno quería matar más de lo que necesitaba y volvimos a tierra con nuestra pesca, que formó una agradable adición al desayuno. Stevenson dijo que nos llevaría a través de la isla, y pronto salimos en dirección sur.

Nuestra ruta atravesaba tierra quebrada, donde habían grandes rocas, pero una vez que bajamos la parte alta, la caminata se hizo más agradable. El terreno era suave, los árboles menos tupidos y había grandes zacatales. Se veía más, y observamos el mar a cierta distancia. Vimos varias cabras pero como no necesitábamos comida las dejamos tranquilas. Cuando estábamos a cerca de tres millas del lugar en que habíamos pasado la noche, vimos cerca de la costa humo que subía por encima de las copas de los árboles. "Es", nos dijo el guía, de las casas de su gente. Dijo que no se sorprenderían, sino que les gustaría ver extraños, puesto que no habían visto ninguno desde que habían llegado en la goleta.

Me informó que de vez en cuando se visitaban, pero que él prefería vivir solo. Un poco más de caminar llegamos al pueblo, o mejor campamento, de esta gente. Cuando nos aproximábamos a las chozas ya todos estaban fuera dándonos la bienvenida, y verdaderamente nunca he visto caras de más sincera bondad que la de ellos. Hombres y mujeres eran de color oscuro, mestizos, mitad indio, mitad español.

Su vestido era simplemente camisa y pantalones, con gorras y mocasines de piel de cabra. Las mujeres habían salvado suficientes vestidos del barco, que les habían durado, especialmente aquí donde el clima es favorable. Su lenguaje era naturalmente, español, y todos parecián contentos. Como Jack hablaba su lenguaje pronto entró en conversación con ellos y se sentía como en su casa, aunque para esto último tenía mucha disposición, en cualquier lugar que fuera, ya que la selva solitaria o el pueblo de chozas era lo mismo para él.

Con Stevenson di una vuelta por las habitaciones, que estaban muy bien arregladas, cada una a cierta distancia de las otras, bajo altos árboles de coco que había en gran número. La costa estaba a unas trescientas o cuatrocientas varas, y había un pedazo de tierra sembrado con todo lo que necesitaban.

Me informó "el gobernador" que hombres y mujeres pertenecían a la misma clase social y que hacían buenas parejas; y aunque ahora parecían contentos, algunos de ellos

eran de mal carácter, que a menudo le habían molestado en la goleta, y que ya en tierra habían peleado uno con otro, sin que él pudiera averiguar la razón, y como no le agradaba hizo su casa en el interior de la isla. Aparte de ellos le pregunté que si querría irse de la isla ahora, pues estaba seguro que el capitán le daría un pasaje. Dijo que no; que había pensado el asunto, y enviado una carta en un ballenero americano a un amigo suyo en Guayaquil, y esperaba que la persona a que había escrito viniera a la isla. Dijo también que tenía una buena suma de dinero escondida cerca de su choza, que había salvado del naufragio sin que lo viera la gente, y por eso cuando dejara la isla no dejaría que los otros lo supieran. Eso sería innecesario, puesto que ellos estaban decididos al menos por ahora, a permanecer donde estaban.

Como estábamos ansiosos de exminar el lado sur de la isla, hicimos nuestro centro de operaciones en el pueblo por ese día y la noche. El paisaje era bello en todas partes. Había grandes grupos de cocoteros y muchos cerdos silvestres, se alimentaban de las nueces caídas. Observamos unas pocas focas en las rocas; maté cuatro y me traje las pieles. Los mosquitos molestaban mucho dentro y fuera de las casas, y no me dejaron dormir cómodamente.

Temprano de la mañana siguiente nos despedimos de nuestros hospitalarios campesinos, y acompañados por Stevenson seguimos nuestra ruta por el lado este de la isla, que es densamente boscoso, y con una completa sucesión de pequeños cerros, uno tras otro como olas. Examinamos varias cavernas muy curiosas, y después de una fatigosa caminata bajo un sol fuerte, y siendo el camino impasable por la vegetación densa, doblamos una vez más hacia el interior, y llegamos ya tarde a la residencia de nuestro amigo. De nuevo tuvimos un buen reposo en la noche, y a la mañana siguiente emprendimos el camino siguiendo el curso del río que lleva de la entrada del valle a la costa frente a la cual estaba anclado nuestro barco.

A cerca de media milla de la bahía, y cuando estábamos sobre una eminencia que la dominaba, Stevenson se detuvo para despedirse. Nuestro barco estaba a la vista. Me precavió de decir, mientras el barco estuviera anclado, que había gente en la isla, pues a alguno de la tripulación pudiera ocurrírsele huir del barco y molestarle. Prometí hacerlo, y sentimos tener que despedirnos. En poco tiempo recorrimos el terreno quebrado que nos separaba de la playa. Cuando caminábamos nos mantuvimos cerca del curso de agua tanto como pudimos, y de vez en cuando hicimos una vuelta entre la densa vegetación, y al final llegamos a la playa abierta frente a la cual estaba anclado el barco.

Algunas de nuestras gentes estaban en la playa sacando la última carga de leña, mientras que otros lavaban su ropa o se bañaban en las pequeñas cataratas. El capitán estaba en tierra, y le regalé las pieles de foca que había traído del lado sur de la isla. Se sorprendió de verlas, puesto que ni él ni ninguno de la tripulación, habían visto focas en el lado del anclaje. En la tarde todos nos fuimos al barco, los botes fueron levantados, se limpió la cubierta, y el barco quedó listo para hacerse a la vela, tan pronto hubiera alguna brisa.

Tarde del día siguiente se notó viento en el mar, pero lo que creó gran impaciencia a bordo fué haber visto ballenas lanzando agua a tres o cuatro millas de distancia. Cerca de las tres de la tarde había buena brisa afuera, aunque donde el barco estaba anclado la calma era completa. Esto era lo que podía llamarse verdaderamente mortificante, pero cuando una tripulación de buenos balleneros, ve su presa u oye el grito "por allá sopla", todos los obstáculos son enérgicamente vencidos. Salir de nuestra posición en la parte sin brisa cerca de la isla, hacia donde ésta soplaba, era nuestro objetivo, y si esperábamos a que hiciera viento favorable, tal vez tardaríamos más de lo que a bordo deseábamos, así que "arriba el ancla" fué el grito. Las gavias y velas menores fueron bajadas, se levantó el ancla y cinco botes se enviaron adelante; por el esfuerzo de los marinos el barco comenzó a moverse, y dejó atrás los cerros que nos protegían de la brisa; las velas se llenaron, tan pronto nos pusimos a viento. Los botes no se necesitaban y fueron levantados a sus lugares respectivos.

El aparejo de pescar se arregló en ellos y se pusieron vigías en los mástiles. Una hora más tarde el viento del este y el sur se reanudaba, y el barco partía la espuma lo más vivamente, cuando una gran ballena se vió levantarse como a dos millas a sotavento del barco, y el grito corriente de "allá salta" produjo vida y animación entre los marinos. El barco se mantuvo en la dirección requerida pero pronto se detuvo, pués estábamos cerca de las ballenas que parecían ser muchas.

"Hombres a los botes", "listos señor", "bajen". Sonó el mecate de los botes mientras bajaban. El golpe de éstos en el agua y la hundida de los remos era la señal de que se alejaban del buque. Con un empuje fuerte pronto estuvieron cerca de su presa; las ballenas evidentemente oyeron el ruido, o vieron a sus perseguidores, pues comenzaron a escapar. Ahora vino la lucha; las velas se desplegaron en los botes para ayudar a los remeros y comenzó la caza. Viéndolos desde el barco varias suposiciones se hicieron de cual bote llegaría primero.

Debo mencionar que el carácter más distintivo de los botes estaba en las velas, en forma de bolas pintadas en la tela, de acuerdo con el número del bote; por ejemplo cuarto bote a babor, primer piloto a cargo, una bola; bote del combés, segundo piloto, dos bolas; y así sucesivamente. Por esta forma sabíamos cual bote y cual oficial eran más rápidos. Los que estaban a bordo que observaban con interés la maniobra exclamaban: "bien hecho, dos bolas". Otro, "adelante, cuatro bolas" y también (sin que lo oyera el capitán) se oía una transacción: "Te digo Bill, que te apuesto una camisa y unos pantalones a que "una bola" llega primero". "De acuerdo". Otros apostaban sólo tabaco, pero cada uno hacía su apuesta.

El bote del tercer oficial por tener tres bolas de señal, que se parecían al signo de las tiendas de empeño, se le llamaba "la casa de empeño". En este caso el "tres bolas" se adelantó a los otros botes. Llegó cerca y los arpones volaron de la mano del arquero y una explosión de agua, anunció el éxito del bote. Un "Hurra, tres bolas", "bien hecho, casa de empeños" se oyó por todo el barco. "Una bola se lanzó adelante y cazó otra ballena; eran hembras.

El macho, ahora aparentemente inquieto, se movía alrededor de las otras ballenas, levantando de vez en cuando su enorme cola fuera del agua, y moviéndola de la forma más amenazante. Después de un rato de cuidadosas maniobras, "dos bolas" se le acercó y lanzó dos harpones. La ballena estuvo quieta por un instante, y luego hizo tal conmoción, y movió tanta agua que apenas podíamos ver el bote entre la espuma que lo rodeaba. La ballena se hundió al fin y el bote parecía salvo. La tripulación estaba sacando agua, el cordel corría rápidamente, y pronto otro bote vino a amarrar otra línea, que fué hecho rápidamente por el bote libre. El cetáceo pronto subió gradualmente a la superficie a respirar (porque una ballena tiene que hacerlo), y el bote de "una bola" se acercó y lo lancearon con tan gran energía, que hizo teñir de sangre la espuma que lo rodeaba. En lugar de hundirse otra vez continuó en la superficie, después de haber hecho un daño insignificante en el arco del bote, fué matado.

El bote "tres bolas" alias "casa de empeño", tuvo una suerte distinta con una pequeña ballena hembra, que se mantuvo corriendo a gran velocidad, moviéndose y hundiéndose de manera furiosa; otro bote fué a ayudar a matarla y no fué sino hasta después de dos horas de fuerte trabajo, que las casi ya exhaustas tripulaciones de los botes pusieron fin a la lucha, mediante un casual lanzazo de muerte. Uno de los botes estaba tan despedazado que se llenaba de agua, y la tripulación tuvo que ser recogida después.

Después de algunos trabajos adicionales, las ballenas fueron jaladas y aseguradas para la noche, y el barco se detuvo en la tarde. La parte más alta de la isla del Coco estaba al sur, a unas quince millas. La noche era oscura y relampagueaba incesantemente, iluminando el barco durante la primera guardia y hacia la mañana, la lluvia descendía en torrentes empapando a los que estaban en la cubierta aunque fuera por pocos minutos. Sin embargo, como habían tenido éxito los marinos se preocupaban poco, además de que el tiempo era caluroso.

Cuando amaneció el cielo aclaró. El día entero fué necesario para cortar la grasa de las ballenas muertas. El número de tiburones atraídos por el agua sanguionolenta alrededor del barco era verdaderamente asombroso, el tiburón azul, el oscuro y el de cabeza en forma de martillo frecuentemente se lanzaban contra la carne de las ballenas, y requerían dos o tres hombres con largas espadas para mantenerlos alejados, especialmente cuando los marineros bajaron al cuerpo de las ballenas para colocar el gancho de sacar grasa.

Al atardecer toda la grasa estaba recogida, y los restos se dejaron ir al fondo acompañados de cientos de tiburones. Todo el día estuvimos a la vista de la isla y no pude evitar echar frecuentemente miradas con el telescopio a ella, y de pensar en Stevenson y su gente. Antes de cerrar estas notas sobre la isla del Coco debo mencionar que acerca de un año después de nuestra visita a ella, un mal espíritu tomó posesión de esta pequeña comunidad, que realmente no tenía nada que la molestara. Una pelea que se produjo por algo trivial, en la forma española, usando armas mortales, terminó con la muerte de dos hombres; el resto, incluyendo las mujeres, fueron sacados por un ballenero, y llevados a la costa, y a la ciudad de San Blas.

Stevenson habiéndose quedado solo, y no viendo a nadie por meses, se cansó de su residencia solitaria, y no teniendo informes de su amigo, se aprovechó de un barco americano que había llegado a la isla en busca de agua, y se fué de ella. Fué desembarcado en Payta en Perú. Entiendo que le fué bien, mejor de lo que él esperaba, en sus asuntos mercantiles, y que reside permanentemente en la ciudad de Lima.